

limpiasen, que te administrasen las medicinas, y que consolasen tu alma con discursos espirituales; pues né aquí lo mismo que tú debes hacer segun el principio establecido por la justicia infinita. La ejecucion es difícil, es trabajosa, considerada nuestra flaqueza. Todo el conjunto de errores que se presentan en las miserias de esta clase, arredran á primera vista al que no está bien cimentado en la caridad; pero el que posee esta sublime virtud, vence con facilidad todas las repugnancias de la naturaleza, y llega felizmente á la práctica de aquellas heróicas obras á que estimula la gracia. Propon manifestarte de hoy en adelante convencido de estas santas consideraciones. Procura asistir á los hospitales, visitar caritativamente á los enfermos; ayudarlos con regalos y medicinas, si te ha dado posibles para ello la divina misericordia; y sino, suple este defecto con pláticas espirituales y palabras de consolacion, que animen á tus hermanos á sufrir los trabajos con paciencia, y á resignarse en todo con las santas disposiciones de la divina sabiduría.

DIA DIEZ Y SEIS.

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN,
Ó DEL SANTO ESCAPULARIO.

Siendo tan célebre y tan autorizada en la Iglesia la fiesta de nuestra Señora del monte Carmelo, llamada vulgarmente (en otras partes) la fiesta del Escapulario, es muy justo referir su historia en este día, singularmente consagrado á tan santa devocion, aprobada por tantos pontifices, confirmada con tantos milagros, establecida con tanto fruto en casi todas las partes del mundo cristiano, y en todas con tan visible provecho de los fieles.

T. 7.

P. 354.



NTRA SRA DEL CARMEN.

Hacia muchos siglos que los padres carmelitas florecían en la Iglesia, con especialidad en el Oriente, donde á pesar del furor de los bárbaros, de los sarracenos y de los musulmanes, se mantenían encarcelados en las cavernas del monte Carmelo, tomando de aquí el nombre de carmelitas. Hacia, vuelvo á decir, muchos años que florecía en el Oriente esta sagrada familia, tan célebre y tan respetable por su pública y especial devoción á la santísima Virgen, cuando los europeos pasaron á la Palestina con el fin de libertar los cristianos y los santos lugares donde se obró nuestra redención de la opresión de los infieles; y enamorados no menos de la virtud que de la penitente vida de aquellos santos ermitaños del monte Carmelo, los persuadieron que se trasladasen á Europa. Con efecto, hácia la mitad del siglo décimotercio pasaron algunos de ellos á Francia en compañía del santo rey san Luis, y fué su primer establecimiento en cierta ermita á una legua de Marsella, llamada *el Aigallades*. Declaróse por su protector el piadosísimo monarca, y los extendió por otras muchas partes de sus estados, mientras algunos de ellos resolvieron embarcarse para Inglaterra, donde la divina Providencia les tenía destinado un sugeto, que por su extraordinario mérito y por su rara santidad muy en breve había de dar grande esplendor á su órden.

Era el célebre Simon Stock, inglés de nación, de las mas nobles familias del país; pero mas esclarecido por su inocencia y por su eminente virtud, que por su ilustre nacimiento (1). Prevenido desde su niñez con extraordinarias gracias, á los doce años de su edad fué conducido á un desierto por el espíritu de Dios. Practicó desde luego penitencias increíbles: sustentábase de raíces y de yerbas; una clara fuente-cilla le ofrecía el agua para apagar la sed; su cama,

(1) La Colombier. Serm. 33.

su celda y su oratorio se reducian al hueco de un viejo tronco, donde solo podia estar en pié, tan estrecho, que no le permitia revolverse á ningun lado; y de aquí se le dió el sobrenombre de *Stock*, que en lengua inglesa quiere decir *tronco de árbol*. Su continuo ejercicio era la oracion, con la cual se purificó tanto aquella alma, que los ángeles, cuya pureza igualaba, casi nunca le abandonaban en aquella soledad. Al mismo paso que su asombrosa penitencia, erecia tambien la tierna devocion que casi desde la cuna habia profesado á la santísima Virgen; y aseguran los autores de su vida que los mas de los dias le visitaba esta Señora en su desierto, donde era tan íntima y tan familiar su conversacion con Dios, que los espirituales consuelos de su alma parecian auroras ó precursores de las dulzuras del cielo.

Treinta y tres años llevaba Simon de aquella angelical vida, cuando entraron en Inglaterra los ermitaños del monte Carmelo, que habian venido de Oriente, y comenzaron á mostrar en aquel reino el mismo fervoroso zelo que les habia adquirido tanta veneracion y tanto honor en toda la Palestina. Tuvo noticia de su arribo el santo solitario por una revelacion; y habiéndole declarado la santísima Virgen cuán grata era aquella órden á sus maternales ojos, y que seria muy de su agrado que él se agregase á ella, dejó al punto el desierto, buscó á los padres, arrojóse á sus piés, y abrazó su instituto sometiéndose á su gobierno.

No hay mayor prueba de la especial estimacion que hizo entonces la Reina de los cielos de aquella dichosa órden, que haberle dado al mas querido de todos sus fieles siervos. Parece que la Virgen santísima se habia encargado, por decirlo así, de formarle por su mano desde sus mas tiernos años, y de enriquecerle con los mas preciosos dones, solo para regalarle á

aquella órden tan querida suya, y para que fuese muy presto uno de sus mayores ornamentos. Admitido Simon entre los religiosos del Cármen, no echó menos la compañía de los ángeles que gozaba en el desierto. Apenas hizo la profesion religiosa, cuando deseó pasar á la Tierra Santa para beber en la fuente el espíritu doble que habia animado al gran Elías. Visitó descalzo los santos lugares que el Salvador consagró con su presencia; y llegando al monte Carmelo, se detuvo seis años en él, haciendo una vida tal, que se pudo llamar un éxtasis continuado, sin otra comunicacion en todo aquel tiempo que con los espíritus celestiales. Dicese tambien que la santísima Virgen cuidó de sustentarle de un modo milagroso. Vuelto, en fin, á Inglaterra, extendió por toda ella aquel fuego divino que se apoderó de su corazon en el monte Carmelo; de manera que, comunicado á toda la isla, no quedó menos asombrada de las portentosas conversiones que se seguian á su predicacion, que de los frecuentes milagros con que eran acompañadas.

Ibale disponiendo la gracia como por diversos grados de perfeccion á mas singulares favores que el cielo le preparaba. Elevado al cargo de superior general por unánime consentimiento de sus hermanos, se aplicó con el mayor empeño á avivar el sagrado fuego de la devocion á la Virgen en una órden que se honraba con su nombre, y aun se gloriaba de haberle dedicado altares casi desde el nacimiento de la Iglesia.

Tuvieron su efecto los esfuerzos de su fervoroso zelo, porque el devoto general tuvo el consuelo, no solo de ver renovada en la órden con nuevo fervor la tierna devocion á la Madre de Dios, sino de verla igualmente extendida y comunicada á todos los pueblos. Creció en Simon la confianza con la ternura, y

se sintió movido interiormente á pedir á la Reina de los cielos algun nuevo y especial favor, así para la orden, como para los fieles. Despues de muchos años de lágrimas, de penitencias y de ruegos, se rindió, en fin, la Madre de misericordia á las instancias de su fidelísimo siervo. Dice la historia que un día se le apareció esta Señora, rodeada de innumerable multitud de espíritus celestiales con un escapulario en la mano, y alargándole al santo, le dijo estas dulces palabras: « Recibe, amado hijo mio, este escapulario para tí y para tu orden, como una prenda de mi especial benevolencia y proteccion, que sirva de privilegio á todos los carmelitas: *Dilectissime fili, recipe tui ordinis scapulare meæ confraternitatis signum tibi, et cunctis carmelitis privilegium.* Por esta librea se han de conocer mis hijos y mis siervos. *Ecce signum salutis*: en él te entrego una señal de predestinacion, y como una escritura de paz y de alianza eterna: *Fadus pacis, et pacti sempiterni*: con tal que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. El que tuviere la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la bienaventuranza: *In quo quis moriens, æternum non patietur incendium.* »

Apenas se publicó en el mundo una devocion de tanto consuelo y de tanto provecho, hecha á un varon tan santo, cuando los reyes y los pueblos tomaron á competencia el escapulario de la Virgen, y se alistaron en la cofradía dedicada á su servicio. Creció la ansiosa y devota competencia con los muchos milagros que obró Dios para manifestar lo mucho que le agradaba aquella devocion. Por tanto, se puede en algun modo decir que, entre todos los piadosos ejercicios que el cielo ha inspirado á los fieles para honrar á la Madre de Dios, acaso no hay otro

mas ruidoso que el de su santo escapulario; pues parece que ningun otro ha sido confirmado con tantos y tan auténticos prodigios. ¡Cuántos incendios se han apagado con su virtud (1)! ¡cuántas veces, dice un gran siervo de Dios, se conservó el mismo escapulario ileso en medio de las llamas! ¡cuántas libertó hasta los vestidos y hasta los cabellos de muchos que se hallaron envueltos entre voraces incendios! Hoy mismo se experimenta á cada paso de cuánto auxilio es el santo escapulario en los naufragios. Pocos hay que alguna vez no hayan sido testigos de lo que respetan las olas á esta sagrada divisa. Se ha visto á muchos, que, cayendo en los rios ó en el mar, quedaron como suspendidos en las aguas, escapándose de una muerte inevitable por virtud del santo escapulario. No pocos, precipitados de espantosos despeñaderos, se mantuvieron como suspensos en el aire, sostenidos milagrosamente del escapulario asido á la punta de un peñasco. Detiene hasta la violencia del trueno, y divierte la direccion del rayo á pesar de su velocidad y sutileza. ¡Cuántas fiebres mortales y contagiosas, cuántas violentas tentaciones, cuántas enfermedades incurables desaparecieron por la virtud del santo escapulario! Nunca acabaríamos si se quisieran referir todos los funestos accidentes, todos los géneros de muertes de que ha preservado á los verdaderos siervos de María esta piadosa devocion.

Notorio es á todo el mundo lo que sucedió en el último sitio de Montpellier á la vista de todo un ejército. Recibió un soldado en el asalto un mosquetazo en el pecho sin padecer lesion alguna, habiéndose detenido la bala como por respeto en la superficie anterior del santo escapulario. Fué testigo de esta maravilla el mismo rey Luis XIV de feliz y triunfante memoria, á cuya vista el devoto monarca se vistió luego

(1) La Colombier.

aquella santa cota, como lo hizo san Luis luego que se descubrió al mundo este tesoro. El difunto rey Luis el Grande, cuyo famoso reinado, inmortal en la memoria por tantos prodigiosos sucesos, será la admiracion de los siglos; este gran monarca, desde los primeros años de su floreciente imperio se puso bajo la proteccion de la Virgen, tomando su santo escapulario. A su imitacion hicieron lo mismo muchos príncipes; y habiendo ya quinientos años que se estableció en la Iglesia esta devocion, cada dia se extiende, se aviva y se aumenta mas en todas las naciones con indecible, con inmenso provecho de los fieles.

Luego que se descubrió fué aprobada por los vicarios de Cristo; porque, sabiendo muy bien la santísima Virgen que las mas especiosas devociones no son estimables mientras la silla apostólica no las autorice, la misma soberana Reina dió á conocer al papa Juan XXII los privilegios singulares de esta devocion, como lo afirma el mismo papa en su bula *Sacratissimo*, de la que hacen mencion en las que expidieron en favor del santo escapulario los papas Alejandro V, Clemente VII, Paulo III, Paulo IV, san Pio V y Gregorio XIII; de suerte que siete grandes pontífices conspiraron, por decirlo así, en encender mas y mas esta devocion en el corazon de los fieles, por el sinnúmero de indulgencias que concedieron á los que se alistasen en tan piadosa cofradia. ¿Qué prenda mas dulce, ni de mayor consuelo de la especial proteccion de Maria? ¿qué motivo mas sólido para fundar una piadosa confianza?

El que solicitó esta divisa de la especial proteccion de la Madre de Dios fué uno de sus mas amantes siervos, y él mismo es quien asegura haberla conseguido. Autorizóla el cielo por el oráculo de los vicarios de Cristo y por la voz de los milagros. Ningun ca-

tólico duda de esta poderosa proteccion. Sábese que san Buenaventura no señala otros límites á lo que puede la intercesion de Maria, que los que reconoce el poder de Dios. Asegura san Antonino que, para alcanzar, no ha menester mas que pedir. Adelanta el bienaventurado Pedro Damiano que se presenta al trono de su Hijo, no ya como sierva sino como Madre, y que sus súplicas pueden tener como fuerza de decretos: *Accedit ad aureum humanæ reconciliationis altare, non orans, sed imperans, domina, non ancilla.* ¿Cómo es posible que sea eternamente infeliz, dice el mismo padre, un hombre por quien Maria haya intercedido una sola vez? *Æternum vix non sentiat, pro quo vel semel oraverit Maria.* Al abad Gualrico, discípulo de san Bernardo, le parece ser casi lo mismo merecer uno la proteccion de la Virgen, que asegurarse de la posesion del paraíso: *Nullatenus censendum est majoris esse felicitatis habitare in sinu Abrahamæ, quam in sinu Mariæ.* Bien sabidos son los devotos afectos de san Anselmo en este particular. Cree que no es posible perecer en el servicio de la Reina de los ángeles; á ella dirige estas palabras tan memorables y tan frecuentemente repetidas: *Omnis ad te conversus, et à te respectus, impossibile est ut pereat.* No dijo menos que todos los demás san Germán, obispo de Constantinopla, cuando dijo que la proteccion de la Virgen era muy superior á todo cuanto nosotros podíamos concebir: *Patrocinium Virginis majus est, quam ut possit intelligentia apprehendi.*

No solo consiguen en esta vida la proteccion particular de la santísima Virgen los que traen su devoto escapulario, sino que tambien la disfrutan en la otra los que le trajeron en esta, y fueron verdaderos siervos de Maria. Una madre tan tierna y tan amorosa no parece posible que dejase de moverse á piedad, si viese padecer por largo tiempo los tormentos del

purgatorio á sus queridos hijos. Así los tesoros de la Iglesia, que con tanta profusion han derramado los sumos pontífices en favor de los cofrades del escapulario, como la parte que tiene cada uno de ellos en las oraciones y en las buenas obras de la cofradía y de la religion del Carmelo, contribuyen mucho al alivio y mas pronta libertad de los cofrades. Es cierto que la santísima Virgen á ningun alma sacará nunca del infierno; pero tiene muchos medios para hacer que el pecador no muera en la impenitencia final, como una falsa confianza no sea causa de que se conserven en pecado los falsos devotos de Maria.

Son sin duda muy ilustres y muy auténticos la mayor parte de los milagros que ha obrado Dios en favor del santo escapulario, y es razon dar un piadoso asenso á la historia del bienaventurado san Simon Stock; pero nunca el mismo que debemos á las cosas reveladas á la santa Iglesia. Tampoco se puede dudar por otra parte que la Iglesia haya autorizado una devocion tan aprobada. Y en fin, no es verisimil (dice el mismo devoto de Maria, de quien hemos sacado la sustancia de esta historia) que un Dios tan sabio como poderoso permitiese que se fundase sobre una fábula una devocion que le habia de ser agradable, como lo está manifestando cada dia, queriendo hacerla célebre con tan grande número de prodigios.

La misa es en honor de la fiesta, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatissimæ virginis, et genitricis tuæ Mariæ singulari titulo Carmeli ordinem decorasti: concede propitius, ut cujus hodie commemorationem solemniter celebramus officio, ejus muneri præsidii, ad gaudia sempiterna

O Dios, que ilustraste la órden del Monte Carmelo con el título especial de tu Madre la bienaventurada Virgen Maria; concédenos benigno, que, amparados con la proteccion de aquella, cuya memoria tan solemnemente celebramos. me-

pervenire mereamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

rezcamos llegar á los eternos gozos de la gloria. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 24 de la Sabiduria.

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris: et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: Spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum: Memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhuc esurient: et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor: y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen tendrán todavia hambre; y los que me beben tendrán todavia sed. El que me escucha no será confundido; y aquellos que obran por mí no pecarán. Los que me ilustran conseguirán la vida eterna.

NOTA.

« Todo el capítulo 24 del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, es un magnífico elogio de la Sabiduria, reconociéndose en él la dicha de los que la buscan y adhieren á ella. En sentido moral no hay cosa mejor apropiada á los verdaderos devotos de la Virgen. »

REFLEXIONES.

Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la santa esperanza. La verdadera devoción de María inspira una caridad pura, un temor dulce y filial, una clara inteligencia de los mayores misterios, y una santa confianza sin temeridad ni presunción. Por este amor generoso y encendido para con Dios; por este dulce y filial temor de desagradarle; por este fondo de religión y de rendida sumisión á las órdenes de Dios; por esta inalterable confianza en su misericordia se reconocen los verdaderos devotos de la Virgen. Todo esto dice, todo esto inspira, y todas estas virtudes alcanza la verdadera devoción de María; sin ellas toda devoción es falsa y espuria. Por eso todos los santos amaron á esta Señora con especial ternura; y todos, después de Jesucristo, colocaron en ella su confianza. Es la madre del puro amor; y por lo mismo solo experimentarán sus divinos ardores los que la aman como á madre, los que la honran como á soberana, y los que la consideran como distribuidora de los tesoros de su Hijo. De este amor puro de Dios nace siempre el temor saludable de ofenderle; pero este divino fuego que comunica María no solo enciende á sus siervos, también los ilumina, también los instruye para que conozcan que no se puede amar á la Madre sin amar al Hijo. Igualmente experimentan los dos afectos del puro amor el corazón y el espíritu de los verdaderos siervos de María. A la caridad abrasada acompaña siempre la fe viva; y cuando se posee esta virtud, no puede faltar la confianza. Es error pensar que consiste la devoción de la Virgen en ciertos ejercicios exteriores, y en traer su escapulario, cuando todo esto no va acompañado de aquella fe viva y universal, de aquella constante perseverancia en las buenas cos-

tumbres, y de aquella cristiana vida sin la cual toda devoción, aunque no sea inútil, no puede ser meritoria; pero tampoco hay mayor impiedad que condenar esta devota ternura que se profesa á la Madre de los elegidos; desaprobar el culto que se rinde á la Madre de Dios. Ella es el socorro de los fieles, el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores; ¿pues quién podrá censurar que después de Jesucristo se coloque en ella toda nuestra confianza? ¿dónde hay medio mas eficaz, ni mas seguro para que Jesucristo nos reciba con agrado? El primer milagro que obró el Salvador fué á ruegos de María; y habiéndonos comunicado á sí mismo por medio de María, dice san Bernardo, por ella quiere que recibamos también todas sus gracias. Sin duda por esto en todos tiempos se desenfrenaron contra esta Señora todas las herejías. Cuantos herejes han abortado los siglos, profesaron una maligna aversión á la santísima Virgen y se declararon furiosamente contra su devoción. Al contrario, todos cuantos santos ha producido la Iglesia, todos profesaron una tierna devoción á esta Señora; todos hicieron empeño de publicar sus virtudes, de exaltar su poder, de recomendar su devoción, de promover en todas partes su culto, y de poner toda su confianza en su poderosa intercesión: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.* Es prenda poco equívoca de predestinación la tierna devoción á la santísima Virgen, y el fervoroso zelo de su gloria. Por el contrario, apenas hay señal mas funesta de reprobación, que mirar con frialdad y con disgusto á la Reina de los ángeles: *Omnes qui me oderunt, diligunt mortem.*

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore, loquente En aquel tiempo hablando
Jesu ad turbas: Extollens vo- Jesus á las turbas, alzó la voz
cem quædam mulier de turba, cierta mujer de en medio de

dixit illi : Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quae suxisti. At ille dixit : Quinimò beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

DE LA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que lo que excita mas el amor y la devocion á una persona es el mérito, la gratitud y el poder. La basa, por decirlo así, de la devocion que se profesa á los santos, es el concepto que se forma de sus virtudes, la experiencia de lo mucho que pueden con Dios, el conocimiento de su inclinacion á hacernos bien, y la memoria de las gracias y beneficios que se han recibido por su intercesion. Admiramos sus virtudes, veneramos y respetamos su poder; en esto, y singularmente en su caridad con los que están unidos á ellos con una misma union, fundamos nuestra confianza. Pues ahora, entre todos los santos que están en la patria celestial, ¿cuál de ellos tuvo mas sublime santidad, cuál tiene mas poder con Dios, ni de quién hemos recibido tantos beneficios como de la santísima Virgen? Mas pura, mas santa, mas perfecta desde el primer instante de su vida que todos los santos juntos en la hora de la muerte. ¿Qué trono hay en el cielo mas elevado que el suyo, superior al de todos los espíritus bienaventurados? Solo el trono de Dios es superior al trono de María. ¿Pues qué honores, mi Dios, qué homenajes no se le deben tributar? ¿cuánto respeto, cuánta devocion, cuánto culto le debemos rendir! Es la Madre de Dios, la Reina del

cielo, la Soberana del universo, la Emperatriz de los ángeles y de los hombres; no debemos, pues, admirarnos de que la veneracion, la ternura y la sólida devocion á la Madre de Dios haya comenzado, por decirlo así, con la misma Iglesia. ¡Qué veneracion tan profunda, qué devocion tan tierna (dice san Ildefonso) profesaron los apóstoles á la Madre del Salvador! Por satisfacer á la devota curiosidad de los primeros cristianos hizo san Lucas tantos retratos de la Virgen. Aseguran algunos autores que, aun viviendo esta Señora, le consagraron los fieles muchas capillas y oratorios. ¡Con qué elocuencia y con qué zelo predicaron á los fieles las grandezas de María todos los padres de los primeros siglos, exhortándolos á una viva confianza en su poderosa proteccion! ¡Qué consuelo, Virgen santa (exclama san Epifanio) el de estar consagrados á vos desde nuestra tierna infancia! ¡qué dicha la de vivir á la sombra de vuestro patrocinio! Amemos á María (dice san Bernardo), amémosla con la mayor ternura; jamás se desprenda de nuestros labios su dulcísimo nombre; esté perpetuamente grabado en nuestro corazon. ¡Oh, y qué copioso manantial de gracias es la devocion á la Virgen!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, si las grandezas de María, si su eminente, su incomparable santidad excitan nuestra veneracion, y exigen todos nuestros respetos; el gran poder que tiene con Dios, y el amor de madre con que mira á todos los hombres, merecen bien toda nuestra confianza. Acércase al trono de Dios, dice san Pedro Damiano, no como sierva que pide, sino como soberana que intercede: *Domina, non ancilla*; y aquel Hijo todopoderoso, que se deja obligar de las lágrimas de los mayores pecadores, ¿podrá negar cosa alguna á la intercesion de su divina Madre?